

me negareis que ayer no veiais tan claro como hoy en esta materia.

—No caen en saco roto estas observaciones, dijo Juan, yo por mi parte aseguro que no olvidaré esta conversacion, y...

—Yo por la mia, interrumpio Antonio, debo decir que aunque no me confieso vencido tengo yo mis dudas: volveré á leer el trabajito que ayer me facilitó V. y veremos luego que solucion me dará V. á las dificultades que le proponga: tengo ahora empeño en ver adonde vá V. á parar y que remedio encuentra V. para nuestra situacion.

—No faltan remedios, cuando hay buena voluntad, le contesté. No os dejéis dominar por cierto orgullo que todos tenemos al ver que hemos andado equivocados y que nos hace oponer resistencia á la persuasion, dejáos convencer por las razones, que dice el adagio:—de sabios es mudar de consejo;—al hombre honrado le es un título de mérito el reconocer que se ha equivocado y acomodar su conducta á la verdad que se le presenta clara y ostensible. En fin pensad un tanto, amigo, en lo que hemos hablado hoy aqui; y si gustais mañana podemos tener nuestra tertulia en este sitio tan agradable, que ahora iremos á dar un paseo por estos campos.

III.

A la tarde siguiente, Juan nos encontró ya á Antonio y á mi, en el sitio concertado; el hilador iba disputando el terreno de sus opiniones palmo á palmo; á mis observaciones y contestaciones oponia nuevos reparos, y de brecha en brecha procuré desembarazarme de todas estas razones ya tan sabidas con que se enseña á los trabajadores á sostener las disolventes doctrinas que entre ellos se han ido propagando: cuanto mayor esfuerzo hacia en no contestar categóricamente á mis preguntas, tanto mayor era mi empeño en reducirle á un punto en que debiera confesarse vencido ó contestar con el silencio, teniendo buen cuidado de no mortificar su amor propio y su dignidad, que yo respetaba sobremanera.

Así estuvimos discutiendo mas de media hora, y deseando reservar para otra ocasion el continuar nuestra polémica, dije á Juan el carpintero.

—Ya veis, amigo Juan, vuestro compañero de fiende su pabellon como un buen soldado; veo que ha pensado bastante en lo que ayer hablamos, pero yo espero que tal vez mañana, sino hoy mismo encontrará Antonio respuesta á muchas de sus dificultades.

—Si señor, me dijo Antonio, y las tengo por muy graves, porque veamos; reducido el obrero á su jornal diario ¿cómo se las compone para cubrir sus obligaciones, para dejar de ser, siempre obrero y esclavo de la campana del taller? ¿cómo puede dejar de ser toda su vida un pobre rodeado de necesidades, sin recursos y expuesto á mil contingencias?

—Antonio, calma que todo se andará: paciencia amigo, que no se ganó Zamora en una hora, y precisamente hoy deseo yo exponeros aquí en franca y leal conversacion, cómo debeis conducirnos para mejorar vuestra posicion y vuestro porvenir.

Nos sentamos los tres colocándome entre los dos obreros, y observé desde luego que la atencion de Antonio se iba fijando alternativamente entre lo que yo decia y los gestos de aprobacion con que Juan iba acompañando muchas de mis palabras.

—Recuerdo haber leído, amigo mio, en una obra muy generalizada en Francia (1) «que el mejoramiento de la suerte del obrero depende en gran parte de su propia voluntad; antes que pedir la regeneracion del rico, regenerese asimismo, y mostrándose económico, sobrio y morigerado, habrá andado la mitad de su camino.» Y esto es una gran verdad que la esperiencia confirma. No busqueis

(1) *Fregier—Des classes dangerenses.*

economías, ni ahorros en un hombre, cuyos vicios absorven el producto de su trabajo, como no debeis buscar vicios en el obrero laborioso, amante de su familia, y de conducta previsora. El vicio sacrifica siempre al que lo sigue, pero las primeras víctimas son el obrero y el hombre que no cuenta con mas recursos que su trabajo; porque los vicios son los mayores enemigos del capital, del ahorro, de la prevision.

Rodeado el obrero de vicios, buscará inútilmente en todos los cambios políticos, en todas las revoluciones sociales, el medio de mejorar su posicion: en vano proclamará principios más ó ménos disolventes, sino empieza dando al traste y rompiendo con la borrachera, el juego, la vagancia y las pasiones. Este es el acompañamiento ordinario del obrero discolo y perezoso, del que no prevee que mañana puede cesar el trabajo y abrirle los brazos la miseria; y notad, amigo Antonio, una cosa particular: preguntad á estos hombres que vienen á proponeros las huelgas, que os reparten catecismos socialistas, que os llaman sus hermanos, que os llenan la cabeza de ilusiones y esperanzas, que vienen á conquistar vuestra voluntad, preguntadles quienes son, y comprendereis la trampa y el engaño desde luego; seguidles los pasos, informáos de su modo de vivir y sabreis lo siguiente. O son solteros, que enemigos del matrimonio para poder dar pábulo á sus pasiones,

viven en concubinato ó persiguen á cuantas mujeres están á su alcance, ó son casados que sacrifican con su carácter déspota y avasallador á toda su familia, pues se han erigido en tiranos del hogar doméstico y hoy arriman una paliza á su mujer, mañana sacuden el pellejo á su hijo, y al otro día, sinó cotidianamente, arman camorra con todos los vecinos. Estos hombres acostumbran á ser obreros ineptos y orgullosos, que han sido despedidos de un taller, y otro, y otro; gente que ha empezado muchos oficios y no sirve para ninguno. Estos hombres van del club al café ó á la taberna á inflamar más y más su sangre con el vino y los licores, ó pasan horas y más horas junto á una mesa de juego, para apostar en un naípe todo lo que han arrebatado á su esposa y á sus hijos para vivir una semana...

—¿Ha tratado V. con intimidación á esta gente? me preguntó Antonio; porque me parece que estoy viendo á muchos de los que han estado á hablarme varias veces de nuestros intereses y nuestras cosas, y á cuyas opiniones me he adherido.

—Esto no importa, contestéle, pero bueno es que veais que no ando mal informado. Pero, Antonio, estos de que os hablo, son los apóstoles de la clase obrera, que visten chaqueta. Los que visten levita, si bien en su generalidad no tendrán una hoja de servicios tan brillante, alguno de ellos la tendrá tal vez peor, porque no faltará quien ha comido el ran-

cho de la cárcel más de cuatro y seis semanas: el rasgo característico de estos apóstoles de levita, es convertir á la clase jornalera en pretexto para pronunciar algunos discursos de bombo y mucho ruido, presentarse como políticos rojos para hacer carrera, gente sin rubor que todo lo someten á su plan, y que lo mismo les importa que los obreros se mueran de hambre que los asiáticos del cólera, con tal que ellos figuren y vayan subiendo, subiendo, en su carrera improvisada. ¿Qué debéis esperar de tales directores, apóstoles y maestros, si las escepciones de rectitud, de intencion, y buena fé son contadas, y pocos los que con desinterés y desprendimiento siguen esta bandera?

—Quiere V. decir pues, repuso Antonio, que aunque estos hombres tengan sus vicios ó sus defectos, como hombres de partido ó defensores de nuestros intereses no pueden ser honrados?

—Antonio, esto tiene sus dificultades, porque el hombre que no se dá á conocer por sus virtudes privadas, es un gran fenómeno que tenga virtudes públicas, y me parece que á quien no sabe gobernar su casa, no fiaríais vos el que administrara vuestros capitales ni se los entregaríais á ciegas.

—Esto es verdad, dijo Juan, y veo que por desgracia se ponen á políticos y redentores los que no han sabido administrar su casa y su hacienda.

—Por lo demás, amigos míos, es necesario reco-

nocer que nuestros obreros son dignos de mejor defensa, y de que los hombres amantes de sus conciudadanos trabajen en mejorar su estado, porque el obrero español tiene cualidades que nos han de envidiar los ingleses, los franceses y los belgas. Si leyerais las estadísticas de estos países, os asombraría la cifra de los casos de borrachera, del gran número de obreros amancebados, y del número extraordinario de hijos habidos fuera de matrimonio. En España la borrachera es un vicio poco arraigado por fortuna; en las ciudades populosas é industriales, se pasan días enteros sin que se haya conducido á la casa consistorial á un solo borracho, y notad que este defecto es tan perjudicial á la salud como ruinoso para el trabajo. El hombre dominado por el vicio de la bebida, es un ser degradado que no puede saber á que extremo de miseria y abandono puede parar, es intratable en su casa, violento de carácter con sus compañeros, torpe en el trabajo por efecto de su estado físico y moral, y se hace odioso á cuantos le rodean. Reconozcamos amigos con orgullo que el obrero español es sóbrio, moderado y juicioso en esta parte, que tiene gran ventaja sobre los extranjeros, quienes para estirpar este vicio han creado las sociedades de la templanza, en vista de las víctimas que hace y de los desórdenes de toda clase de que es origen.

—Esto me ha ocurrido alguna vez, dijo Antonio,

al ver la repugnancia con que aquí todo el mundo, grandes y chicos, miran al hombre que se halla en este estado.

—Teneis pues obreros, este don de valor infinito y esta ventaja para mejorar vuestra suerte, ventaja que no se os ha puesto de relieve, pero que aprecian las demás naciones, cuando tanto la ensalzan y ponderan.

Al lado de este hábito, hay tambien como compañero inseparable, el del juego, pues casi siempre la taberna trae consigo esta coletilla. El juego aunque más general que la borrachera, no tiene tampoco en el obrero español las proporciones que en otros países, y cuanto se diga contra esta pasión siempre será poco comparado con sus males, y sus consecuencias. Enemigo mortal del ahorro, semilla fecunda de camorras y peleas, se apodera del hombre que á él se entrega y le convierte en tahir, mal padre, mal amigo y mal ciudadano.

Del jugador podeis esperarlo todo, desde el simple engaño hasta el asesinato, porque en su sed de oro, en su afán de recobrar lo perdido, empieza por quitarles el pan á sus hijos y acaba por robar la bolsa al primero que pasa por la calle.

—¡Cuántos he conocido yo, dijo Juan, que serian gente arregladita con su taller y están hace años en la miseria por esta afición al juego!

—Si amigos míos, es imposible que un juga-

dor pueda ahorrar un cuarto y deje de arruinar á su familia; pues lo peor es que este vicio no solo sacrifica al que lo domina, sino que hace víctimas á los que por su desgracia están al lado del jugador.

La primera base que conviene sentar para formar el obrero su capital es la sobriedad, porque esta lleva consigo una paz, un sosiego, un órden, un método en la vida y las necesidades, que solo puede apreciarlas el que sumido en la miseria por el vicio, mira con envidia al compañero que ha sabido resistir estos placeres tan funestos. El hombre sóbrio vive tranquilo en su casa, goza al estar entre su familia, mira contento los ahorros que va retirando, se siente cada dia mas alentado en el trabajo de su oficio y está contento con su suerte.

Yo reconozco que es difícil esta virtud, pero si para todas las clases de la sociedad es necesaria, lo es aun más para vosotros, que careceis de instruccion y por consiguiente os es más difícil prever las consecuencias de los gastos supérfluos, de resistir las ocasiones de caer en el peligro.

—¿Cómo podremos corresponder á estos buenos consejos?... me interrumpió Juan...

—Amigos míos, quien bien quiere, no halaga ni adula; quien bien quiere, no fomenta placeres que mañana cuestan lágrimas. Y porque os quiero sinceramente á vosotros, y á los que están en vuestro estado, por ello os digo la verdad y os voy exponien-

do el camino para alcanzar vuestro bienestar. No basta la constancia y el trabajo en él para obtener lo que deseais; sinó sois sóbrios, sinó sois moderados en vuestras necesidades, sinó aprovechais todas las ocasiones para huir de la francachela y de la taberna, como del juego y la disipacion, no conseguireis sino la mitad de vuestro objeto, vivireis al dia como se dice vulgarmente, pero no tendreis salvado el peligro de la miseria de mañana, ó de la enfermedad, ó la falta del trabajo.

He visto hacer grandes elogios de la sobriedad y de la aplicacion, pero creo que la sobriedad, por lo mismo que es más difícil, está sobre la constancia en el trabajo pues más partido sacará de un jornal de ocho un sóbrio, que de un jornal de catorce el que no lo sea. Si teneis amigos á quienes profesais cariño, no os canseis de elogiarles esta virtud, porque con ella vienen las demás. El hombre que no sabe refrenar sus pasiones cae en la mayor abyeccion, llega á hacerse tan despreciable que nadie que estime en algo su decoro se atreve á tratarse con él. La intemperancia es un estado que mantiene en peligro inminente el reposo, la salud y la vida. Por el contrario el hombre sóbrio, el que juzga hasta donde pueden llegar sus necesidades, hasta donde llegan los recursos de que puede disponer, observa una vida ordenada y sin negarse algun pasatiempo lícito, sabe dar cumplimento á las

leyes de la moral, de la economía y prevision. El obrero sóbrio prefiere el amor de una esposa diligente y solícita, á las caricias de una concubina que le abandonaria el día de la enfermedad ó de la escasez de recursos; el obrero sóbrio no satisface los caprichos de sus sentidos, por mas que comprenda su placer, porque aquellos consumen crecidas cantidades, y prefiere la mortificacion que le permite aumentar sus ahorros sin caer en la avaricia; el obrero sóbrio no celebra los lunes con almuerzos y meriendas que absorven el jornal de dos días, en lo que se gasta y en lo que se deja de ganar; el obrero sóbrio...

—Basta, basta y V. perdone, dijo Antonio, pareceme V. misionista y trazas tiene de sermon lo que voy escuchando.

—Sea ó no sermon, amigo Antonio, dígoos sin ser misionista lo que en conciencia debo exponeros, y os empeño mi palabra que ningun hombre honrado encontrará exageracion en lo que voy explicando.

Mi deseo es que os persuadais como dos y dos son cuatro, que la sobriedad, la aplicacion al trabajo y la economía, son los únicos medios con que podeis obtener este progreso y esta mejora que no apeteceis mas que yo.

No olvideis que la sobriedad es una de las principales bases de la paz del hogar doméstico y del hombre, cualquiera que sea la clase á que pertenezca y la fortuna de que disfrute: el hombre que no cifra ó no

busca su bienestar y su felicidad en el hogar doméstico, es un perdido, y no es dura la frase. Si el obrero consigue con su conducta y su trabajo hacer grata su vivienda con la mujer honrada y hacendosa, y si ambos son laboriosos y económicos, este obrero será feliz, en lo que es posible serlo en este pícaro mundo, y no se acordará de política ni de rojos y negros.

El carpintero me miraba con ojos tan abiertos que demostraban bien la ansiedad con que iba recogiendo estas pobres observaciones: con igual atencion iba observando la impresion que estas hacian en el ánimo de su compañero, y á tiempo que yo encendiera mi cigarro, dijo á aquel.

—Antonio, ó has de mudar de vida, ó eres dejado de la mano de Dios: porque me parece que este buen señor muy claro te habla para que comprendas por donde debes andar, y no creas que tampoco caen por mi parte en saco roto las palabras de este caballero.

—Pues amigos, no hay otro recurso, ó seguir los pasos de estos curanderos, que os calientan la cabeza y ya sabeis á donde van á parar sus doctrinas, ó tener juicio, paciencia y dignidad, y escuchar los consejos de los que os quieren bien.

Y como ibamos diciendo... la sobriedad está reñida con las huelgas de los lunes, con la asistencia diaria al café ó la taberna, con un gasto inmodera-

do en las diversiones, ó con un lujo en el vestir impropio de vuestra clase y con todo desarreglo, que afectando vuestra moralidad ó vuestra salud ó vuestra familia, trae consigo dificultades ó estorbos para el trabajo. Porque la sobriedad es hermana de la aplicacion y esta es una poderosa garantía, para el bienestar del obrero.

La aplicacion al trabajo es la que ha convertido á muchos obreros en mayordomos, y mas tarde en gefes de taller; es la que ha perfeccionado en manos del obrero muchos inventos; es la cualidad que más le enaltece, como el valor en el soldado. Esta aplicacion asegura su jornal al obrero en los dias más críticos para la Industria y en los tiempos normales le premia con un aumento en su salario, gracias á la mayor perfeccion en el trabajo: el obrero aplicado disfruta en las horas de solaz y reposo, como en las horas del taller, porque la aprobacion del amo, el interés que le anima á salir airoso en la tarea que se le ha confiado, le da cierta escitacion y cierto estímulo que no puede sentir jamás el obrero negligente ó descuidado.

En el obrero aplicado rara vez dejareis de encontrar el hombre de bien, el hombre de orden, el buen padre de familia, el buen ciudadano; enemigo de turbulencias, comprendiendo la intimidad de sus intereses con los del amo ó industrial, espera con gusto, pero sin ansiedad, sin frenesi, el dia festivo

para dedicarlo á su familia, para proporcionarse un honesto pasatiempo y para empapar á sus hijos máximas piadosas y morales que tienen tanta mayor fuerza cuanto que van acompañadas del ejemplo. A este hombre no le preocupan las cuestiones políticas, ni le seducen las promesas de los socialistas: se siente bien en su estado, sus aspiraciones se reducen á mantener y educar á su familia, á formar de sus hijos, obreros como él, y sus deseos quedan reducidos á la prosperidad de taller ó el establecimiento, á la constancia en el trabajo, y su ambicion no va mas allá, que á reunir algunos ahorros para cuando le asalte alguna enfermedad, ó llegue la época en que sus faenas disminuyan.

Vosotros, añadí dirijiéndome á Antonio, los obreros que teneis mas constancia en asistir al club que al taller, ó que si vais á este, es como arrastrados por la fuerza, y retardando siempre, al sonar la campana, el reuniros con vuestros compañeros, no comprendéis ni podeis comprender, la tranquilidad de esta vida ni la paz de espíritu que se disfruta en la casa del obrero sóbrio y laborioso. Yo he visto de cerca como viven estos obreros que por fortuna no son tan pocos como tal vez creereis, y os aseguro con sinceridad, que las clases acomodadas tienen que aprender mucho de ellos en punto al orden, al método y género de vida que en ellos rigen.

—¿Pues sabe V. dijo Antonio, que yo nunca he

disfrutado de ese sosiego y desconozco esa tranquilidad de que V. nos habla, y que desearia alcanzar á todo trance? ¿Le parece á V. que no podrá aplicárseme aquello de que la miel no es para la boca del asno?

—¿Y porqué no? Ahí teneis á vuestro amigo Juan que me parece, por lo que le he oido, que bien puede colocársele entre estos obreros de que os hablo, y creo que los desengaños que nos referia el otro dia serian el principio de ese cambio.

—A decir verdad, contestó el carpintero, desde que recibí aquellas lecciones, no he pensado en otra cosa, que en trabajar cuanto puedo contentando á los parroquianos; pues viendo á mi familia con salud y pudiendo estar entre ella en mi rato de descanso, no envidio la posicion del hombre mas afortunado; porque, amigo Antonio, no he olvidado los preceptos religiosos y los buenos ejemplos que me enseñaron mis padres que esten en gloria, y me he hecho cargo de que he de vivir para trabajar, que este es mi destino, y que si bien otros muchos tienen una vida más desahogada y más cómoda, no les faltarán tal vez mayores disgustos y otros géneros de sinsabores de los que á mi me afligen; pues al fin y al cabo veo que trabajando no me falta y aun puedo ahorrar algo; y no eres tu de otra carne y hueso para que no puedas hacer otro tanto.

—Si Antonio: vuestro amigo Juan ha hablado

como un sábio, podeis con vuestra voluntad y poco esfuerzo contaros cuando querais, entre los obreros cuya vida deciais ahora mismo que os admiraba.

Escoged compañeros juiciosos, hombres de conducta arreglada, obreros que aunque no sean de vuestro oficio, sean aplicados y constantes en su tarea, fijad vuestra atencion en su modo de proceder, en su género de vida y en sus costumbres, y vereis, que sin sacrificio ni esfuerzo adaptareis vuestra conducta á la suya; observareis que sin fatiga os parecerán cosas llanas lo que ahora se os presenta rodeado de grandes dificultades, y sin sentirlo ni conocerlo, os puedo asegurar que encontrareis un cambio completo como hagais buena eleccion. Despues, podreis sin pena alguna ir ganando terreno en esta materia, y á buen seguro vuestro mayor pesar será el haber tardado tanto tiempo en conocer vuestro error. . . . El buen Juan sin duda secundará vuestro propósito y tal vez vuestro proceder, anime á otros á imitaros. Animo amigo, que para obrar bien nunca es tarde, aunque para continuar por hoy nuestra plática nos avise el relój del pueblo que es hora ya de retirarnos.

Y asi diciendo, en franca y expansiva conversacion nos dirigimos á nuestras casas.